

# *Los padecimientos en la gran entrada de Diego de Rojas*

Stella Maris MOLINA CARLOTTI DE MUÑOZ  
*Universidad de Tucumán.*

A mediados del siglo XVI, el reino de Tucma o de Tucman, perteneciente al Imperio Incaico antes de la conquista española, era una vasta región de límites no precisos para los españoles del Perú. El licenciado Vaca de Castro, gobernador del Perú, en carta a rey Carlos V fechada el 24 de noviembre de 1542, hacía referencia a una provincia «muy poblada y rica ubicada entre Chile y el nacimiento del Río de la Plata».

Y es justamente en tan vasto escenario que se desarrollará, entre comienzos de 1543 y mediados de 1546, una de las más dramáticas «entradas» descubridoras de las que penetran del Alto Perú al Tucumán. Tiene el valor de ser la descubridora y conquistadora y de haber explorado, punta a punta, todo el Tucumán. Nuevamente el choque entre dos mundos —el español y el indio— fue inevitable. Las «altas y hueras heroicidades» de que habla el Padre Larrouy, no fueron privativas de las huestes conquistadoras ya que las naciones indias sacudieron también sus entrañas y defendieron con sus vidas las tierras de sus mayores.

No es mi intención, en el presente trabajo, realizar un acabado estudio de la gran entrada de Diego de Rojas al Tucumán, aunque me veré obligada a trazar su derrotero a fin de ubicar los acontecimientos relacionados con los padecimientos del hombre blanco, indio y hasta negros, más sencillamente pretendo rescatar los sufrimientos físicos y de qué manera los paliaron, utilizando fundamentalmente, las crónicas del Tucumán del siglo XVI, porque no sólo fueron las primeras fuentes, sino las que encierran mayor interés, las más auténticas y naturales. Razón tiene D. Bernabé Martínez Ruiz cuando refiriéndose a las crónicas de Indias sostiene: «Fueron realizadas en forma sencilla y sin pretensiones literarias. Presentaban a los nuevos países, sus habitantes y las dificultades de la conquista como ellos los veían», a tal punto que «es difícil señalar en-

tre estos escritores quienes fueron realmente historiadores. Frecuentemente unían la Historia con la Geografía y con la Etnografía y hasta con el Derecho. Al narrar los hechos se veían obligados a presentar el marco geográfico, las razas indígenas con quien se enfrentaban su grado de civilización y el derecho de la conquista»<sup>1</sup>.

Las fuentes documentales del siglo XVI, relativas a la conquista del Tucumán son, por un lado la Información de Servicios de Pedro González de Prado (1548), uno de los soldados del grupo expedicionario de Nicolás de Heredia, cuyo valor testimonial radica justamente, en haber sido actor de tan increíble hazaña y que rotulara «Capítulos de una información de los servicios prestados por Pedro González de Prado, que entró en las provincias de Tucumán y Río de la Plata con Diego de Rojas, Felipe Gutiérrez y Nicolás de Heredia, y se señaló en la expedición de Francisco de Mendoza»; y las crónicas de Diego Fernández titulada «Primera y segunda parte de la Historia del Perú», concretamente en la «Primera parte», libro Segundo, capítulos III a VII, redactados en España por 1568; las pertenecientes a Pedro Gutiérrez de Santa Clara, otro cronista del Perú quien escribe «Quinquenarios o Historia de las Guerras Civiles del Perú y otros sucesos de las Indias», escrita a más de medio siglo de los sucesos que relata, y finalmente la obra del gran cronista del Perú, Pedro Cieza de León sobre «Guerras Civiles del Perú», sobre todo los libros Segundo y Tercero, referidos a la Guerra de Chupas y a la Guerra de Quito, en relata la entrada de Diego de Rojas al Tucumán.

Todos los relatos muestran descarnadamente las permanentes contiendas entre indios y españoles, las desdichas sufridas, las vicisitudes a lo largo de las enormes distancias recorridas y sobre todo, los padecimientos que sufre el hombre, español o indio. Padecimientos del cuerpo y padecimientos del alma. El frío y el calor; el hambre y la sed, los enfrentamientos y accidentes; los envenenamientos y las muertes; las plagas y enfermedades. Y en medio del drama permanente, casi cotidiano, el hombre buscó alivio para sus dolencias valiéndose hasta de la astucia, para lograr un antídoto contra los envenenamientos producidos con flechas emponzoñadas.

La «entrada» a una provincia situada entre Chile y el nacimiento del Río Grande que llaman de la Plata, fue solicitada a Vaca de Castro por el capitán Diego de Rojas, vecino de La Plata «persona celosa del servicio de V. M. que tiene mucho cuidado del tratamiento de los indios, con muy buena compañía de gentes»<sup>2</sup>. Vaca de Castro, se apresuró a autorizarla y

1. Bernabé MARTINEZ RUIZ, *Historiadores y cronistas de las Indias en el siglo XVI*, Universidad Nacional del Nordeste, Facultad de Humanidades, Departamento de Historia, Resistencia (Chaco), Argentina, 1962, p. 1.

<sup>2</sup> 2. Vicente SIERRA, *Historia de la Argentina (1492-1600)*, Unión de Editores Latinos, Bs.As., 1956, p. 288.

junto a él designa a otros capitanes a distintos puntos con el sólo objeto de lograr la estabilidad del Perú, que acababa de concluir las guerras civiles entre Almagristas y Pizarristas. Procuró de este modo, distribuir y apartar la soldadesca y favorecer la realización de empresas descubridoras.

Para llevar adelante la «entrada», Diego de Rojas se asoció con los capitanes Felipe Gutiérrez y Nicolás de Heredia, los que participaron en calidad de capitán general y maestro de campo respectivamente y debían sucederle en caso de ausencia o fallecimiento. La expedición salió en tres partidas escalonadas. La primera, al mando de Diego de Rojas, salió de la ciudad de Cuzco en mayo de 1543. Luego le seguiría el segundo grupo al mando de Felipe Gutiérrez y finalmente se les agregaría el dirigido por Nicolás de Heredia. Enseña Lizondo Borda que: «los que entraron en esta demanda fueron doscientos y cincuenta hombres muy valientes y animosos, los cuales fueron bien aderezadas las personas y apercebidos de muchas armas, caualllos, y gran servicio de negros, negras, yndios, yndias y muchos yndios amigos»<sup>3</sup>.

El destino final de la expedición no ha podido confirmarse con precisión, ya que un poder fechado el 14 de diciembre de 1542 de Rojas a su yerno Francisco de Cárdenas, lo autorizaba a enviar refuerzos al puerto de Arauco en Chile, mientras otros se inclinan a favor de la legendaria ciudad de Los Césares, ubicada muy al sur del actual territorio argentino.

Alrededor de mayo de 1543, con un número de hombres estimado por Lozano en sesenta soldados, partió Diego de Rojas por el camino real de Collasuyo rumbo a los Charcas, bordeando el lago Titicaca. Desde este punto, por caminos inciertos llegó al poblado indio de Chicoana y allí se detuvo en espera de los que venían al mando de Felipe Gutiérrez. Según los cronistas, encontró allí gallinas de Castilla en poder de los indios, «las que fueron causa de torcer el camino». Dejando una guarnición de veinte hombres al mando de Diego Pérez de Becerra, continuó su marcha por el camino del inca, andando el valle de Lerma y el valle de Santa María, fue a dar «por caminos harto dificultosos a una provincia que ha por nombre Tucma, la cual está pasada la cordillera de los Andes a la decaída de una no menos fragosa tierra». Una vez en el llano, visitaron el pueblo indio de Tucumanhaho y de allí determinó pasar a otro pueblo de nombre Capayán. Por temor a sus pobladores retornó a Tucumanhaho y finalmente se internó en regiones de los indios juríes, incorporándoseles en éstos lugares, la partida de Felipe Gutiérrez. Ya juntos, asentaron su real en Salavina (Santiago del Estero), donde en una de sus periódicas salidas de reconocimiento, en un lugar denominado Macajar, fue herido por una flecha envenenada que le provocó la muerte. La expedición que-

---

3. Lizondo BORDA, *Historia del Tucumán en el siglo XVI*, Universidad Nacional de Tucumán, 1942, p. 86.

dó al mando de Francisco de Mendoza, en contra de lo convenido con Gutiérrez y Heredia.

De los socios, Nicolás de Heredia fue el último en partir del Perú. Lo hizo al frente de veinticinco hombres de los cuales diez y ocho llegaron a Chicoana. De allí, hostigados siempre por los naturales, arribaron al Tucumán donde permanecieron cuatro meses. En este punto, se encontraron con la partida del capitán Juan García de Almadén que frente a 30 hombres, traía prisioneros a Gutiérrez y a su mujer Catalina de Enciso. Nicolás de Heredia, determinó unirse a Francisco de Mendoza, el nuevo jefe de la expedición.

Desde Salavina, y ya dirigidos por Francisco de Mendoza, la expedición tomó rumbo al este en procura de Soconcho. Se fundó un pueblo Medellín donde se le unieron las fuerzas de Heredia. A raíz de un accidente al que le siguió un incendio del campo pasaron a tierras de Diaguitas, recorriendo las actuales provincias de Catamarca, La Rioja y parte de San Juan hasta pasar en 1545 a la de Córdoba, por el valle de Calamuchita, solar de los Comechingones. Grandes dificultades enfrentaron al atravesar salitrales y ciénagas. Superadas éstas, sentaron su real y levantaron el fuerte de «Malaventura». Mientras Nicolás de Heredia lo cuidó en medio de tremendas situaciones, Mendoza siguiendo el curso del actual río Tercero y pasando el río Carcarañá, llegó a las márgenes del río Paraná.

Tres meses tardó Mendoza en regresar a Malaventura, donde las rivalidades desatadas y el agravio inferido a un soldado, Diego Alvarez de Almedral, le costaron la vida. Heredia fué reconocido como jefe. Pisando sus huellas anteriores —al decir de Lizondo Borda— volvieron a la provincia de los diaguitas, de allí a tierra de los lules y por el valle de Huma-huaca se volvieron al Perú. Habían pasado tres años largos de la partida.

Es importante destacar la presencia de la mujer en la expedición. Acompañaban a los conquistadores tres mujeres: Catalina de Enciso, compañera de Felipe Gutiérrez, Leonor de Guzmán, compañera de Hernando Carmona, y María Lope que acompañaba a Bernardino de Balboa. Para el auxilio espiritual, contaron con un clérigo llamado Francisco Galán, de la Orden de los Comendadores de San Juan; pero no contaron con «cirujanos» o curadores.

Apenas iniciada la marcha del primer contingente por el camino de Collasuyo hacia el sur todo les fué fácil, pero en Ayaviri, todo se transforma. Aso man picos nevados, desaparece el cereal y brota el ichu, paja puna que amarillea en la pampa ancha, profunda, desierta. La puna los acompaña y de pronto salares inmensos se les presentan que pasan penosamente hasta entrar en Chicoana. Los compañeros de Heredia señalaron la bravura de los indios en este trayecto. «Los acechaban desde los peñones en los desfiladeros, y derrumbaban rocas a su paso; lanzaban piedras y flechas desde lugares inaccesibles, o esperaban el momento en

que vadeaban ríos y se introducían en estrechas gargantas, en la sierra, para tenderles emboscadas y atacar de improviso la retaguardia... defendiéndose al propio tiempo contra las víboras, hitas y mil bichos venenosos. Resistían el soroche de las alturas, la sofocación de las punas, la resolana de las nieves, el frío, la sed, el mal comer...»<sup>4</sup>. Habían comenzado bien pronto sus padecimientos. Los cronistas son muy explícitos en memorar las hambrunas, calores, fríos y sed que pasaron. En dos oportunidades, Pedro Gutiérrez de Santa Clara hace alusión al hambre y frío que padeció la gente de Nicolás de Heredia, cuando dice: «Pasaron estos hombres muy terribles trabaxos, así de hambre y frío como de asaltos inauditos, que de día y de noche les daban los indios enemigos, que les duró más de seis meses continuos»<sup>5</sup>, y más adelante, al relatar sus desventuras en el valle de Calamuchita, ya de regreso al Perú, dice: «Estaban ya en este tiempo los nuestros muy fatigados y bien trabajados en velar y trasnochar, con las continuas lluvias y grandísimos fríos que hacía y con las cotidianas peleas y recuentros que los bárbaros les daban, que andaban muchos dellos muy enfermos y debilitados, flacos y descoloridos, que aún sus amigos no los conocían según estaban desemejados»<sup>6</sup>.

No sólo enfermaron, llegaron a perder la vida, así nos lo enseña Pedro Cieza de León, en el momento que marcharon hacia el poniente, hacia una provincia llamada Mocacuaxa, «e fué tan grande el calor que hacía que es cosa ridícula de creer. E como la calor fuese tan grande, el agua que llevaban en breve fué bebida, e mientras más bebieron más les fatigara la sed; la gente de servicio que iba con los españoles muchos se quedaron muertos por calor e falta de agua»<sup>7</sup>.

En la muerte por calor y por deshidratación, la etiología es más o menos la misma, porque hay una pérdida de líquidos. Si vamos a un examen físico encontramos que padecieron hipertensión arterial, mucosa seca, aleteo nasal, taquicardia y pérdida de líquido circulante. Sobre todo, por la pérdida de los electrolitos, que retienen líquido en el organismo.

Cuando Diego de Rojas vino a salir al verdadero Tucumán, sale a recibirlo un cacique principal llamado Canamico. Tanto la crónica de Diego como la de Pedro Gutiérrez de Santa Clara coinciden en la pintura del encuentro, aunque con matices que la diferencian. Según Diego Fernández, Canamico «con mucha cantidad de indios, venía en unas andas por tener una pierna cortada. Eran estos indios gente alta, bien dispuesta, y

---

4. Roberto LEVILLIER, *Descubrimiento y Población del Norte Argentino por Españoles del Perú*, Espasa Calpe S. A., Buenos Aires, 1943, p. 33.

5. Eduardo E. BERBIRIAN, *Crónicas del Tucumán, siglo XVI, Comenchingonia*, *Revista de Antropología e Historia. Crónica de Gutiérrez de Santa Clara*, p. 80.

6. Eduardo E. BERBIRIAN, *Crónica de Gutiérrez de Santa Clara, cit.*, p. 86.

7. Eduardo E. BERBERIAN, *Crónica de Pedro Cieza de León, cit.*, p. 116.

8. Conceptos del Dr. Ernesto E. Caram.

traen conforme a su estatura los arcos con que pelean. Las flechas que tiran llevan ponzoña que mata rabiando en ocho o diez días y, desde que comienza a obrar, los heridos se dan de golpes y de cabezadas»<sup>9</sup>. Recuerda la intervención del clérigo y cómo Canamico fue tomado prisionero. Según Gutiérrez de Santa Clara «enviaron a los bárbaros a un clérigo llamado Francisco Galán, que era de la Orden de los Comendadores de San Juan, a los requerir de paz... y llegado que hubo halló luego al cacique llamado Canamico, con un intérprete que llevaba, indio natural del Perú, el cual lo rescibió con mala voluntad y peor semblante»<sup>10</sup>. Como vemos, nada dice sobre la mutilación del indio que habla de un conocimiento médico avanzado. Como enseña Armando Pérez de Nucci, «a este importante jefe le había sido amputada una pierna por heridas recibidas en enfrentamientos con otras tribus y los relatos de esa época hablan de una evolución aparentemente sin problemas»<sup>11</sup>. También nos interesa rescatar el uso de flechas envenenadas por parte de los juríes. Los indios trabajaban a la perfección sus flechas, dardos, macanas y arcos. «De la misma manera, y con la misma prolijidad trabajaban y pulían. El fuego gasta y el pedernal desbasta los varejones y cuando ya los tienen en el grosor y proporción que desean, los pulen con delicada nimiedad y los dejan tan tersos y lisos, que no los aventajara el más diestro oficial con sus gurias y garlopas. Verdad es que necesitaban meses para sus maniobras, pero donde sobra la pereza y los instrumentos son ninguno, el tiempo y la paciencia coadyuvan a la perfección de las obras»<sup>12</sup>. Su tiempo tomarían para sobar los pedernales con el zumo de las yerbas ponzoñosas que ellos conocían a la perfección. Conocían los venenos que mataban y las yerbas que curaban. Conocían todos los antidotos para cada veneno proveniente de animal o de plantas. Es valiosísima al respecto la investigación realizada por el Padre Guevara sobre el arte de curar indígena y que rotulara «De sus médicos»<sup>13</sup>, donde hace la distinción entre las técnicas aplicadas por las distintas naciones indígenas. Entre los Peguenches, sus hechiceros chupaban las heridas o partes afectadas por el dolor y lo mismo ocurría entre los antiguos Querandíes, no así entre «los lules, en lugar de chupadores tenían los que llamaban sajadores, por el ejercicio de sajar la parte dolorida: era entre ellos persuasión de que todas las enfermedades, a excepción de las viruelas, procedían del Ayaquá. Es el Ayaquá, en sentir de ellos, el gorjojo del campo, y aunque pequeño de cuerpo caminaba armado de arco y flechas de piedra. Es diestrísimo certero, asesta

9. Eduardo E. BERBERIAN, *Crónica de Diego Fernández*, cit., p. 48.

10. Eduardo E. BERBERIAN, *Crónica de Gutiérrez de Santa Clara*, cit., pp. 73-74.

11. Armando PEREZ DE NUCCI.

12. Pedro DE ANGELIS, *Colección de Obras y Documentos relativos a la Historia del Río de la Plata*, tomo II.

13. Pedro DE ANGELIS, cit., p. 53.

y despide la flecha donde quiere, á quién quiere y como quiere, y de sus tiros y flechas proceden las enfermedades que matan, y el dolor que aflige. Con este Ayaquá tienen familiar trato los curanderos, y de su comunicación aprenden a labrar flechas semejantes a las del Ayaquá y a sajar la parte dolorida». Y ésto es justamente lo que hace un indio herido expreso por los españoles, para librarse del veneno inoculado.

De los árboles, yerbas y animales, aprendieron lo que es más útil a la salud del hombre y de ellos también extrajeron los venenos capaces de doblegar a sus enemigos y los antidotos eficaces para remediarlos. Contra la picadura de culebra o víbora se servían del Caapebá. Los polvos de esta raíz y las hojas de las varillas molidas y puestas sobre la parte que picó la culebra o víbora, o tomando su cocimiento por la boca, son antidoto contra su veneno. En el Tucumán se utilizó contra la mordedura de animales ponzoñosos la hierba que llamaban «Colmillo de víbora», a la cual otros llaman «Soliman de la tierra». En sólo veinticuatro horas se cierran las llagas con sus hojas mojadas y aplicadas contra la mordedura; y para embarazar que el veneno cunda y se apodere, basta aplicar un humor resinoso que destila. Los indios habían observado al hurón «cuando este animalito cría sus tiernos huroncillos á los cuales con porfía persigue la víbora y se vé precisado á defenderlos de enemigo tan temible, entra a la pelea y por más diligencia que pone en hurtar el cuerpo a la víbora, no siempre consigue lo que pretende, y en su lugar de vencer á su antagonista, queda herido y se siente tocado de su veneno. Deja luego el lugar de la palestra, vá en busca de dicha yerba, la masca y se revuelca en ella, y torna con presteza al lugar del combate, seguro al parecer de la victoria contra su enemigo»<sup>14</sup>. También con ésta conducta, encontramos cierta similitud a la del indio que enseña, sin quererlo, la contrayerba a los españoles.

Posiblemente a fines de noviembre de 1543 instalaron su real en Salavina, en el corazón de Santiago del Estero. La expedición se había reforzado con el contingente de Felipe Gutiérrez. También en el campamento andaban las mujeres de la entrada y entre ellas Catalina de Enciso, «la que atendió a Diego de Rojas en su enfermedad». Era tierra de juríes, de indios flecheros. El contenido de las crónicas nos pintan con exactitud el drama desatado: las malas intenciones entre los jefes de la expedición, «aquellas marañas por meter entre ellos discordias», y por sobre todo, las cosas que le «acaecieron» a Diego de Rojas y que terminaron con su vida.

Dice Cieza de León: «El capitán Diego de Rojas e los demas capitanes habian determinado de estar alli algunos días hasta tener aviso de la tierra que habia adelante; e como los indios allegasen cerca, ensillados

---

14. Pedro DE ANGELIS, *cit.*, p. 64.

sus caballos, salieron a ello e trabóse la batalla... E así, aunque estos indios venían armados con sus flechas, y en ellas puesta la yerba que decimos, Dios guardó a sus cristianos, pues, a no tener gran favor e ayuda, no era menester mas que una rociada para que todos muriesen; y aquel día, después de haberse alanceado muchos indios cesó la batalla... los indios, no haciendo ningún sentimiento por los que habían sido muertos, pelearon otros días arreo e yendo alanceando Diego de Rojas e haciendo lo que debía un tan famoso capitán como él era, fué herido de un flechazo en la pierna... no haciendo sentimiento de su herida; por ser tan pequeña. Y como la yerba fuese de tanta ponzoña comenzó a obrar e Diego de Rojas sintiéndose malo, e yendo entre ellos una mujer, que servía a Felipe Gutiérrez, fué allá para le curar; e dándole ciertas cosas a comer, agravióle el mal a Diego de Rojas, e unos criados suyos heciéronle entender que le había dado yerbas por parte de Felipe Gutiérrez, e, creyendo ser así la verdad, bebió gran cantidad de aceite»<sup>15</sup>.

El cronista Diego Fernández agrega ciertos datos que no son valiosos, como por ejemplo, ellos conocen que las flechas que tiran llevan ponzoña, apenas pisan el Tucumán, cuando el encuentro con el cacique Canamico. «Las flechas que tiran —dice— llevan ponzoña que mata rabiando en ocho o diez días, y, desde que comienza a obrar, los heridos se dan de golpes y de cabezadas». Señala además el tiempo en que comenzó a obrar cuando dice: «y la herida no era más que un rasguño, empero, a tercero día obró la hierba y comenzó a darse de golpes y cabezadas». Coincide con Cieza en que «persuadíanle que bebiese aceite»<sup>16</sup>.

Gutiérrez de Santa Clara por su parte, relata que los indios «hirieron solamente al gobernador de un flechazo que un indio le dió en el brazo, y como la flecha estaba enerbolada y obrando la ponzoña, causo darse cabezadas en el suelo, revolcándose con la gran furia que tenía y de morderse las manos furiosamente, que los que lo tenían asido no se podían valer de él». Relata detalladamente de cómo fué culpada Catalina de Enciso para eliminado Rojas, quedase frente a la expedición su compañero Felipe Gutiérrez.

Los acontecimientos se precipitaron, antes de morir Diego de Rojas, nombró como sucesor a Francisco de Mendoza, poco después los indios hirieron malamente al maestresala Francisco de Mercado y nuevamente «la yerba endiablada», le quitó la vida. Por éso resolvieron salir de ése mal lugar «y fueron a otros muchos pueblos y a diversas provincias, con grandes trabaxos y con derramamiento de mucha sangre cristiana y de indios». En ése trayecto, muchos murieron como Rojas y Mercado, «rabiando, dándose de cabezadas y revolcándose por el suelo», sin saber,

---

15. Eduardo E. BERBERIAN, *Crónica de Pedro Ciera de León, cit.*, p. 119.

16. Eduardo E. BERBERIAN, *Crónica de Diego Fernández, cit.*, p. 48.

«que remedio tomar para curarse de tanto mal que les causaba esa yerba»<sup>17</sup>.

Bien podría ser curare el veneno utilizado, sustancia extraída de diversas especies del gen. En realidad, el cuadro clínico depende del tipo de veneno que se inocule. Generalmente el curare les provocaba una parálisis muscular generalizada que les afectaba primero los músculos de la cara y en el último término a los respiratorios. El cuadro de aparente locura, se les producía, cuando se daban cuenta que sus músculos respiratorios no les funcionaban, muriendo de sed de aire porque no podían respirar.

Necesitados de un pronto antídoto, los españoles lo lograron al herir y envenenar expreso a un indio prisionero. Así escribe Gutiérrez de Santa Clara: «Para saber los nuestros si había alguna contrayerba, para remediar este tan gran mal, hirieron a un indio natural de los que estaban presos con una flecha que hallaron sana, con la cual le pasaron entreambos muslos de parte a parte. El indio viéndose herido, se fué al campo donde vido que estaba fresco, riberas de un río, y buscó allí dos maneras de yerbas, las cuales majó prestamente entre dos piedras lisas que en el campo tomó. El zumo de las unas yerbas bebió, y el zumo de las otras se puso en las heridas, sacándose primero el pedernal que tenía en el muslo, abriendo más la herida con un cuchillo que le dieron, y con la dieta que tuvo sanó prestamente como si no fuera herido»<sup>18</sup>.

Para Eduardo E. Berberian, las diferencias que puedan encontrarse en un análisis comparativo, son escasas. Cieza de León, apenas hace alusión a ello y en breves líneas consigna en su crónica: «Para el cual remedio se halló después una yerba, en la cual se encerraba tan gran virtud que la yerba perdía su fortaleza e los heridos sanaban con ella»<sup>19</sup>.

No era la primera vez que los españoles, muchos de los cuales ya habían andado por diversas tierras, se habían dado con yerbas ponzoñosas, «los conquistadores de Santa Marta y Cartagena... dicen que sanan con polvos de solimán crudo o con zumo de membrillo, echándolos en la herida, sacando primero el pedernal», dato interesante que nos llevaría a creer, que la contrayerba no fué sino, la que llamaban «Solimán de la tierra» abundante en el Tucumán, convertida en polvos de azogue sublimado.

A partir de Salavina, como sabemos, la expedición enfiló en zigzagante dirección a la Córdoba actual. El escenario fué cambiando. Se fueron alejando de los últimos tramos de selva tucumana «con sus quebrachos, Algarrobos y chañares... Luego se vuelve matorral intrincado de breas, atamisquis, jarillas y cardones... Después el suelo se desnuda y em-

---

17. Eduardo E. BERBERIAN, *Crónica de Pedro Gutiérrez de Santa Clara, cit.*, p. 78.

18. Eduardo E. BERBERIAN, *Crónica de Gutiérrez de Santa Clara, cit.*, p. 78.

19. Eduardo E. BERBERIAN, *Crónica de Cieza de León, cit.*, p. 119.

pieza la Salina»<sup>19</sup>. Se les avecinaban nuevos padecimientos físicos. Francisco de Mendoza había ordenado a Pero López de Ayala seguir adelante abriendo camino con una partida de 30 hombres; guiados por un indio ladino que los metió en un cenegal. Ya no podían retroceder, Mendoza dió la orden de seguir adelante, «todos comenzaron a caminar por la ciénaga poco a poco, con mucho afán y trabaxo; y siendo bien adentro les fue necesario descalzarse y tomar los caballos de diestro y desta suerte anduvieron seis días con grandísimo molimiento. Acabadas de pasar estas cienagas, dieron en unos salitrales por donde caminaron otras ocho o nueve leguas, y por falta de agua y comida y no hallar camino, y también por que el indio mostraba ir desatinado, se volvieron atrás a pasar la ciénaga, muy fatigados y los pies aplagados porque iban descalzos»<sup>20</sup>. Llegó a tanto el sufrimiento, que el indio pagó con su vida el engaño. Y así, llagados y sufrientes, vinieron a dar con tierra de los comechingones, donde levantarían por agosto de 1545, el real que luego se llamó de la Malaventura.

Las guazabaras se sucedieron ininterrumpidamente «de helar la sangre debiera ser uno de esos encuentros con nuestros indígenas, pues lanzábanse a la batalla ebrios de ira, dando alaridos, tocando pingollos y cornetas y metiendo una algazara salvajamente estrepitosa»<sup>21</sup>, flechas, lanzas, macanas, piedras; oponían a los arcabuces, mosquetes y lanzas del español que sembraban dolor y espanto.

Pero no sólo los enfrentamientos fueron causa de tamañas calamidades y padecimientos. Hubo también accidentes que los pusieron en trance de restañar sus dolencias como mejor pudieron. Así relató Pero González de Prado, lo que les aconteció ya en el Tucumán: «Una noche, estando seis compañeros juntos, que estábamos en un toldo, cayó sobre el dicho toldo un árbol muy grande e dió por la mitad del toldo, e maravillosamente Nuestro Señor nos escapó, a donde el dicho árbol mató un caballo e una mula, e rompió a veinte indos los brazos e las piernas»<sup>22</sup>.

Ningún asentamiento español llevó un nombre que lo definiera tanto como el de Malaventura. En este lugar ocurrieron sucesos desgraciados que culminarían con la violenta muerte del soldado Francisco García de la Cueva y poco después de Francisco de Mendoza. Nada contuvo las pasiones desatadas en esos hombres estragados por los padecimientos, ni tan siquiera los feroces ataques de los indios que casi aniquilaron a sus defensores. Habían pasado «terribles trabaxos, así de hambre y frio como

19. Bis Manuel Lizondo BORDA, *cit.*, p. 18.

20. Eduardo E. BERBERIAN, *Crónica de Diego Fernández*, *cit.*, p. 53.

21. Adán QUIROGA, *Calchaquí*, Ediciones «La Cultura Argentina», Buenos Aires, p. 137.

22. Eduardo E. BERBERIAN, *Información de Servicios de Pedro González de Prado*, *cit.*, p. 30.

de asaltos inauditos, que de día y de noche les daban los indios enemigos, que les duró más de seis meses continuos que allí estuvieron detenidos muy contra su voluntad»<sup>23</sup>.

El duelo no fué tanto contra el indio, sino entre los propios españoles. A dos jornadas de Malaventura, cuando regresaba Francisco de Mendoza del descubrimiento del Paraná, relata Santa Clara que: «Ocurrió que riñeros dos soldados y se desafiaron para matarse en el campo, que el uno se decía Pedro Moreno y el otro Francisco de la Cueva, y estando riñendo los dos de bueno a bueno, el Francisco García de la Cueva dió a Pedro Moreno una cuchillada (en el lagarto), que murió della dende a tres días»<sup>24</sup>. A esa muerte, Francisco de Mendoza la hizo pagar. Inútiles fueron los ruegos de clemencia por parte de sus amigos, «cuando más le rogaban, más se encendía y endurecía de tal manera que no oía ni entendía cosa alguna». Condenado a muerte, de la Cueva, «alzando los ojos al cielo como que a Dios pedía justicia», exclamó, «ahora bien señor Francisco Mendoza, pues me mandáis quitar la vida, yo creo que no os llevaré mucha ventaja en esta partida, porque en comparación será tan poca que aun no será una carrera de caballo, y allá nos veremos ante Dios, donde daréis cuenta desta injusticia que hacés, agraviándome en todo y por todo como lo habéis hecho a otros». Le aplicaron la pena del garrote atado a un palo rollizo. La muerte se produjo por traumatismos múltiples, quizás de cráneo que son los más peligrosos, o de tórax que conducen a la muerte.

Poco después, en el fuerte de Malaventura, murió brutalmente asesinado Francisco de Mendoza y junto a él Sánchez de Hinojosa. La conjura estaba tramada y tenía un sólo objetivo: eliminar a Francisco de Mendoza y entregar el mando a su legítimo dueño Nicolás de Heredia. La ocasión se presentó cuando estaban a punto de abandonar Malaventura. El agravio inferido por Mendoza al soldado Diego Alvarez del Almendral al negarle un caballo «de los que habian sido de Francisco García de la Cueva», precipitó el drama.

El día de Nuestra Señora, de septiembre, la conjura quedó cumplida. «Diego Alvarez fué a la posada de Francisco de Mendoza con su cuadrilla, y como él sintió entrar gente en su cámara dixo en alta voz. Quien está ahí? Quién anda ahí?. Respondió Diego Alvarez diciendo: quién ha de ser sino Diego Alvarez que no duerme cuando es menester?, y diciendo esto arremetió denodadamente a la cama en donde estaba acostado y lo mató a puñaladas sin que nadie le pudiese valer, ni aún socorrer por más voces que daba. Otro tanto hicieron los de la otra cuadrilla, que mataron a Rodrigo Sánchez de Hinojosa»<sup>25</sup>. Ellos murieron desangrados al intere-

---

23. Eduardo E. BERBERIAN, *Crónica de Gutiérrez de Santa Clara*, cit., p. 80.

24. Eduardo E. BERBERIAN, *Crónica de Gutiérrez de Santa Clara*, cit., p. 84.

25. Eduardo E. BERBERIAN, *Crónica de Gutiérrez de Santa Clara*, cit., p. 89.

sarle el cuchillo un órgano noble que bien pudo ser el corazón, el hígado, el bazo o alguno de los grandes vasos que llegan o salen del corazón.

Para «descansar de tantos trabajos y fatigas como habían pasado», resolvieron finalmente regresar al Perú. Santa Clara informa que anduvieron «barloventeando», y en ese deambular, los padecimientos los persiguieron como su misma sombra.

Se pusieron en camino, «y se fueron por otro lado no por dónde habían entrado», había que desandar lo andado, más de setecientas leguas que los separaban de la ciudad de Cuzco de donde habían partido. Volvieron a apretarles el hambre y la sed, «tanta falta comenzó a haber de comida, que la hambre comenzó a sentir y la gente de servicio comían yerbas y raíces sacadas de lo interior de la tierra para poder sustentarse. Con esta necesidad, comenzaron a enfermar muchos dellos y a morir algunos»<sup>26</sup>. En tales condiciones, enfrentados unos contra otros por discrepancias en el rumbo a tomar, enfilaron hacia las montañas. Haciendo camino pasaron por la tierra de los lules, visitando pueblos indígenas desiertos y devastados, como Munides y Guacara. En un bosque de grandes árboles ponzoñosos, sufrieron signos de envenenamiento colectivo, «quedaron las orejas, narices y labios hinchados como tubérculos y las manos infladas como sapos... Afortunadamente el fenómeno no duró más de una semana, pasada la cual se fué sin dejar seña»<sup>27</sup>.

Al fin, salieron a los llanos de Salta, por donde pasaba el camino del Inca.

Diego Fernández, el Palentino, valora lo realizado por los hombres de la «entrada» diciendo: «Serían ciento y cincuenta hombres de la mejor gente y más famosa de todas las Indias, soldados de gran pundonor y valientes y ha durado hasta hoy día tanto su fama en el Perú que, puesto que ha habido otras muchas conquistas y entradas, con ninguna se tiene la cuenta que con ésta y con los que a ella fueron»<sup>28</sup>.

Cabe una última reflexión: en el transcurso de la Gran Entrada al Tucumán se dieron encuentros feroces con los indígenas, en los que los heridos no sabían que hacer para curarse «sino dar gemidos de dolor de las llagas», al decir de Garcilaso. También sabemos que después de la batalla de Huarina (1547), ocurrida apenas finalizada la gran entrada, los soldados aplican un tratamiento efectivo para ellas: «los indios de servicio que los Españoles tenían consigo dixeron á sus amos, que se podían curar con aquel sebo, y ellos mismos lo derritieron en dos cascos de hierro que sus amos acertaron a llevar, y traxeron del estiércol del ganado de

26. Eduardo E. BERBERIAN, *Crónica de Pedro Cieza de León, cit.*, p. 137.

27. Teresa PIOSSEK PREBRISCH, *Los Hombres de la Entrada, Historia de la expedición de Diego de Rojas (1543-1546)*, Talleres Gráficos Edinor, Tucumán, Argentina, 1986, p. 257.

28. Eduardo E. BERBERIAN, *Crónica de Diego Fernández, cit.*, p. 63.

aquella tierra, que por aquellos campos habia mucho, y hecho polvo lo mezclaban con el sebo, y así caliente cuanto se podía sufrir lo echaban en las heridas, y las llenaban por hondas que estuviesen, y con lo mismo curaron sus caballos y se consolaron con la merced que Dios les hizo de aquel remedio»<sup>29</sup>.

En su trabajo «Los Hombres de la Entrada», Teresa Piossek Prebisch considera que en el Tucumán, se cauterizaba las heridas, al decir: «Allí estaba Catalina de Enciso que, con la ayuda de sirvientas, atizaba brazas en que se calentaban al rojo los hierros para cauterizar heridas»<sup>30</sup>.

En definitiva, la medicina indígena, marcadamente empírica y mágica, en esta entrada al Tucumán fue la que prevaleció, fue la verdaderamente eficaz. Obligados los expedicionarios a curar como pudieran sus heridas y enfermedades, la necesidad los obligó, como decía Hipócrates, a inventar el arte médico. Sin médicos o curadores que los aliviaran de sus padecimientos, aprendieron de los indios sus técnicas curativas y las aplicaron con premura, asombrándose de la curación casi milagrosa de sus lesiones.

## BIBLIOGRAFIA

- LIZONDO BORDA, Manuel (1942): *Historia del Tucumán (siglo XVI)*, Universidad Nacional de Tucumán, Población n.º 344, Argentina, 1942.
- TUMBURUS, Juan (1926): *Síntesis Histórica de la Medicina Argentina*, Ed. «El Ateneo», Buenos Aires.
- PIOSSEK PREBISCH, Teresa (1986): *Los Hombres de la Entrada*, Talleres gráficos Edinor, Tucumán, Argentina.
- DE ANGELIS, Pedro (1910): *Colección de Obras y Documentos relativos a la Historia del Río de la Plata*, t. II, Librería Nacional de J. Lajouane y Cia., Buenos Aires.
- GUEVARA, José (1910): *Historia del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán en Colección de Obras y Documentos relativos a la Historia del Río de la Plata de Pedro de Angelis*, t. II, Librería Nacional de J. Lajouane y Cia., Buenos Aires.
- LEVILLIER, Roberto (1943): *La Argentina del siglo XVI*, Descubrimiento y Población del Norte Argentino por Españoles del Perú, Espasa Calpe, Buenos Aires.
- BERBERIAN, Eduardo E.: *Crónicas del Tucumán, siglo XVI*, Comenchingonia, Revista de Antropología e Historia.
- MARTINEZ RUIZ, Bernabé (1962): *Historiadores y cronistas de las Indias en el siglo XVI*, Universidad Nacional del nordeste, Facultad de Humanidades, Departamento de Historia, Resistencia (Chaco), Argentina.

---

29. GARCILASO, *Historia General del Perú*, Ed. Madrid 1800, t. X, p. 250-252, en *Síntesis Histórica de la Medicina Argentina* por Juan Tamburus, El Ateneo, Bs.As. 1926.

30. Teresa PIOSSEL PREBISCH, *cit.*, p. 112.

- SIERRA, Vicente (1956): *Historia de la Argentina (1492-1600)*. Unión de Editores Latinos, Buenos Aires.
- QUIROGA, Adán: *Calchaquí*, Ediciones «La Cultura Argentina», Buenos Aires.
- JAIMES-FREYRE, Ricardo. (1916): *Historia del Descubrimiento de Tucumán*, Imprenta Coni Hmnos., Buenos Aires.
- LEVILLIER, Roberto (1926): *Nueva Crónica de la Conquista de Tucumán*, Colección de publicaciones históricas de la Biblioteca del Congreso Argentino, Sucésores de Rivadeneira, Madrid.
- LOZANO, Pedro (1875): *Historia de la Conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán*, Casa Editora «Imprenta Popular», Buenos Aires.
- ZAVALLIA MATIENZO, Roberto (1974): *Archivo Histórico de la provincia de Tucumán*, Serie Tucumán Indígena, Publicación XXVIII, Volumen I, Tucumán.
- PEREZ DE NUCCI, Armando (1988): *Historia y Presente de la Medicina Popular del Noroeste Argentino*, Ediciones del Sol, Buenos Aires.